

## HOMENAJE AL ESCRITOR BASADRE

Carlos Eduardo Zavaleta

No habrá nada más halagüeño en una sociedad que cuando ésta oye a sus hombres preclaros, en medio de tantas voces huecas o de fugaces rumores, y sabe por fin distinguir entre la honestidad y el engaño abierto o disimulado.

En todo el siglo XX hemos oído diversas voces de intelectuales, unas de hombres honestos, transidos de amor por las esencias del país, y luego deseosos por hablar o escribir claramente, señalando para el Perú un rumbo trabajoso, difícil, pero digno y promisor; y otras voces que fingen ese amor patrio –el más excelsa de los sentimientos–, y se dedican más bien a pintar o aplaudir retratos egoístas, cambiantes según las estaciones y gobiernos, viviendo en un zigzag de aventureros siempre provisionales, a quienes alguna vez, no siempre, se les cae o se les arranca las caretas.

En el vaivén de esas dos conductas, el tiempo, por más dilatado que sea, da la razón a la primera, y en ese reconocimiento juegan un papel central los testigos, los lectores auténticos, los grandes enamorados del país, que finalmente no sólo aplauden sino hacen suyos los juicios de quien ya pueden llamar Maestro.

De este modo paciente, continuo, meticuloso y honesto en las investigaciones, no sólo históricas, sino en las diversas ramas culturales, se ha impuesto la obra enciclopédica, ejemplar y peruanista por antonomasia, de Jorge Basadre.

A Basadre le interesaba no sólo la marcha política, administrativa o económica del país, sino su marcha cultural, educativa, humana, ética y artística. Fue un historiador cabal, pero también un cuidadoso escritor. En cada tomo de su *Historia de la República* (excepto en el primero) hay siempre un remanso cultural, un capítulo sobre artes, ciencias y letras, un mirador sensible de crítico ponderado, desde el cual vigila la trayectoria y el estado de ánimo del gran personaje central, que es el Perú.

Todo lector serio de Basadre sabe que llamarlo escritor es muy justo, si bien hasta ahora solamente se subrayaba su condición de historiador y ensayista, cuando en verdad el uso de la lengua y sus diversos modos de expresión son fundamentales para emprender una obra enciclopédica y diversiforme como la suya, y cuando él, en todo texto que escribiera, cuidaba por pulir la prosa y alcanzar un equilibrio entre la claridad y la emoción, entre la serenidad de juicio y la fidelidad a los hechos y datos, en fin, cuidaba por alcanzar, digo, la sobria elegancia y la suma cautela para el elogio o la censura.

Si bien él repetía que la literatura es la primera disciplina auxiliar de la historia, es innegable que sus libros iniciales, *El alma de Tacna* (1926), y *Equivocaciones* (1927), son el uno por esencia y el otro por tema, literarios; y ese apego a las letras se confirma, cuando asimismo en 1927, preso en la isla de San Lorenzo, inicia con Hilbebrando Castro Pozo y Cristóbal Meza, una novela, "La que se olvidó de amar", cuyas primeras y únicas páginas han sido publicadas en el 2002 por la Biblioteca Nacional.

Ese texto es interesante por la interrelación entre sus tres personajes e inclusive por el cambio de personalidad en

uno de ellos. Se trata de un zigzagueante buceo psicológico en pos de la intimidad de dos mujeres y un hombre, puestos en situaciones extremas de frustración, de desesperanza, y quizás de la necesidad de una transformación del alma y del cuerpo, con fines moralizantes. Pese a la brevedad de los cinco capítulos conocidos, las grandes emociones como el amor, la miseria y el infortunio se pintan a través de claroscuros efectistas.

Por lo demás, su primer discurso de orden, en 1929, fue “La multitud, la ciudad y el campo en el Perú”, texto de prosa elaborada y ceñida, al que siguen dos libros notables, cuyo estilo, enmarcado dentro del género del ensayo (me refiero a *La iniciación de la República* (1929-30) y a *Perú, problema y posibilidad*, 1931), levantan en sólo cinco años la figura del pensador, y como bien dice Carlos Araníbar, Basadre se pone al nivel de Francisco García Calderón, con *El Perú contemporáneo*, de Luis E. Valcárcel, con *Tempestad en los Andes*, y de José Carlos Mariátegui, con *Los 7 ensayos*, ascenso que Basadre debe exclusivamente a su doble dedicación, al estilo y al contenido. Un buen lector de espléndidas novelas y de magistrales volúmenes de historia mundial, como Basadre, no podía sino confirmar esos ejemplos con su meticulosa afición tanto a la historia como a la literatura.

Pero volvamos a sus comienzos, que son en verdad significativos y que marcan a fuego, con sello de amor patriótico, toda su obra. Hay algo vivo, poderoso y sentimental que guía desde su juventud a este maestro de civilidad. Es su propia existencia, primero su avidez por temas esenciales peruanos (en 1923 publica su primer ensayo, dedicado a Flora Tristán), y luego el impacto de su niñez y adolescencia en Tacna, etapa en que se fija la nítida personalidad del hombre.

Así, podemos afirmar que Basadre nació en 1926, fecha de *El alma de Tacna*, como escritor herido en su conciencia de patriota, como joven insultado y vejado por el invasor del sur. Y lo más profundo que sintió en sus años mozos fue la injusticia, el atropello, la violación a las leyes y compromisos

de orden social e internacional. A sus 23 años, su voz estalló y se alzó por fin, denunciando las tretas y argucias de Chile para no cumplir con el plebiscito acordado desde 1883. Pero hubo además algo sorprendente en él: su pluma de joven intelectual brotó ya educada y madura, pues él se hizo escritor velozmente, dramáticamente, y tuvo el acierto, para redactar ese libro, de juntarse con otro joven estudioso como él, con otro tacneño que sintonizaba en inteligencia y patriotismo con él, con José Jiménez Borja, precoz estilista, gramático y crítico literario; así, ambos, de modo solidario y fraternal, firmaron el hermoso y pequeño libro *El alma de Tacna* con el seudónimo de “Unos tacneños”, pues les interesaba burlar las prohibiciones impuestas por el invasor y prefirieron demostrar que sus opiniones no eran individuales, sino “una imagen anónima del sentimiento colectivo de los tacneños por su patria peruana”, según dice Luis Alberto Sánchez en el prólogo a la segunda edición del libro, ya en 1989.

Este pequeño libro, originalmente clandestino, debiera ser ahora mismo, en tiempos de incredulidad juvenil y de supuesta globalización, debiera ser, digo, un tomo para escolares y universitarios, para obreros y profesionales, para toda clase de ciudadanos conscientes del espacio geopolítico e histórico donde vivimos. Esta pequeña obra engloba un esquema geográfico de Tacna, un breve resumen histórico de ese departamento en la época de nuestra Independencia, y un estudio central de Tacna y Arica durante la Republica, con el hermoso subtítulo de “el blasón democrático de Tacna”, sin olvidar los “males” de la administración peruana, los lazos con Bolivia, ni el aporte colectivo de Tacna a la historia del país, dándonos brevísimas semblanzas de preclaros hombres tacneños como Francisco de Paula González Vigil, Hipólito Unánue, Francisco Lazo y José Joaquín Inclán. En una segunda sección, estudia a Tacna y Arica juntas, sumergidas en la infiusta guerra del Pacífico, y este capítulo dramático se abre con una bella figura, una cruz de frases impresas siguiendo el nuevo ejemplo de los escritores vanguardistas de los años 20s, o de las antiguas estrofas con figuras de palomas, como

nos dieran los bibliotecarios de Alejandría, según la vasta erudición de Jorge Luis Borges. Y de aquí adelante, el dolor, el cautiverio, la violencia extranjera contra un pueblo pacífico, serán grandes temas para él, así como la admirable fidelidad de Tacna al seno del país, y por desdicha ahí también subrayan los autores esa "lamentable labor de envenenamiento político y literario" que efectuaron los periódicos de la época.

Pero estas secciones hasta aquí políticas y de reivindicación nacional no bastan para Basadre y Jiménez Borja; ellos, como escritores más que como abogados, se dedican luego a pintar las bellezas de la región:

Blanca la ciudad con el prestigio azul del golfo y esmeralda de los valles cercanos, contrasta su ala frágil ascendiendo los primeros declives del morro oscuro, pequeño, desigual. Se impresionan así los ojos que se aproximan de alta mar a los que ganan el desierto, después de abandonar el paisaje tacneño. Por su interior, esa misma sensación de finura y de paz –líneas góticas de su capilla, sombra del parque y calles arboladas– se antepone a lo que surge adusto, envuelto en emoción de historia<sup>1</sup>.

Más adelante, tras señalar cuál fue la vinculación real y provechosa entre Arica y todo el Perú, concluyen recordando una antigua leyenda que los autores del libro oyeron de niños sobre "una curva del Inca", esto es, una caverna, un curioso laberinto, entonces ya obstruido, "que se abre, por capricho de la naturaleza, en medio de la muralla anterior del Morro. La tradición dice que antaño (la curva) llegaba hasta el Cuzco e iba a salir a los jardines del Inca. Por ella, los chasquis le llevaban al Gran Señor, libre de los soles y caminos lentos, el fresco tributo de los pescadores del golfo". Así, en la leyenda, Arica y Cuzco estuvieron alguna vez unidos por un camino

---

<sup>1</sup> *El alma de Tacna* (Lima: Cofide, 1989). 1968).

misterioso, una especie de cordón umbilical que venía desde el centro del Tahuantinsuyo.

Pasar de ese pequeño libro inicial a la obra mayor y ciclópea que significa toda la *Historia de la República*, como pretendo hacer yo, es describir una gigantesca pируeta, con el peligro de descalabrarse en el vuelco. Pero esta pируeta la recibo como el irónico “empujoncito” de mis colegas y amigos, que ya se comieron primero la jugosa carne de los grandes temas literarios y me dejan ahora en la inopia, en el umbral del invento. Al menos, si eso creen ellos, la respuesta es otra. Un escritor que lea sucesiva o alternadamente esos tomos, o incluso si repasa los repentinos temas que nos llevan tantas veces a abrir al azar, aquí y allá, los tomos, un escritor que estudie o jueguee mágicamente entre sus miles de páginas, como entre el follaje vivo de amadas plantas, se verá espléndidamente recompensado por el estilo, el tema y los personajes centrales o secundarios de las anécdotas, o por las pinturas, llámense pinceladas o retratos, de héroes y traidores, o plásticos movimientos físicos de batallas que nacen por las mañanas en la imaginación de la victoria, y acaban en el crepúsculo de la ignominiosa derrota. Y en fin, luego puede venir el nostálgico balance de lo que pudo ser y no fue –del famoso “casi, casi” de nosotros los peruanos–, puede venir el balance, digo, que en Basadre es un remate en que las ideas, los datos y la emoción se juntan que es un primor.

Por algo Basadre fue, repito, desde muy joven, un lector insaciable de historias y novelas. Los sucesivos tomos de la *Historia de la República* nos recuerdan al punto epopeyas, hazañas o desdichas del ayer; vuelven a nuestra memoria libros intensos como *Guerra y paz*, de Tolstoi; *Los miserables*, de Víctor Hugo; la *Historia de la revolución rusa*, de Trotsky; *La forja de un rebelde*, del español Arturo Barea sobre la guerra civil de su país; o los *Episodios nacionales* del también español Benito Pérez Galdós; o sin escoger mucho, ahí está *La comedia humana*, de Balzac el grande; además, por supuesto, de las consabidas historias de Prescott, Macaulay, Carlyle,

Gibbon o Spengler, esos manantiales en que bebió Basadre; y entonces sentimos que la literatura no es una disciplina auxiliar de la historia, sino quizá su compañera inseparable, y porque, juntos, escritores a historiadores, construyen a menudo arquitecturas inolvidables. Yo tenía un maestro en la Complutense de Madrid, el poeta y crítico Carlos Bousño, quien siempre comparaba algo de veras bello y duradero con una catedral; pues bien, aquí, en la gran *Historia* de Basadre, hay numerosas catedrales, esto es, edificios permanentes, no provisionales, levantados por la emoción de la historia y la destreza del saber escribir.

Eso sí, además de esos capítulos específicos en que corre la vida o la historia de nuestro país, Basadre ha construido como nadie otro tipo de relato o de episodios nacionales; me refiero a los capítulos de esa especie de “historia cultural y educativa del Perú”, donde las artes, y dentro de ellas, la literatura, merecen estudio y alabanza en cada tomo, y enseguida de cada época.

Les ruego permitirme que yo vea la monumental *Historia de la República* como un despliegue vivo de documentos, de ideas contrapuestas en un mar turbulento, cuyo fragor reclama la serenidad más rigurosa, pero también la comprensión de que la materia que corre por nuestros dedos es la vida tumultuosa y apasionada de una nación, entre otras naciones, cuyas muchas esperanzas se concretan en un solo y delgado camino, ajeno y propio a la vez.

Esa trayectoria, ese espectáculo dramático o tragicómico, es semejante al curso de una prodigiosa novela en la cual tomamos parte, y cuyo final es siempre provisional, pues no llega ni puede llegar al día de hoy. Imposible negar que, así como en una novela, el narrador moldea y organiza su mundo, así, pero con mucho menos libertad e imaginación, el historiador ordena el aluvión de datos, fechas, personajes y emociones individuales y colectivas. De modo muy parecido, aunque con menos sufrimientos personales y sin duda con

menor minucia, trabajamos los novelistas y al cerrar el libro quedamos sorprendidos del resultado. La vida, la historia y el arte se sorprenden mutuamente.

Hay pocos estudios sobre el estilo de Basadre, y quizá la excepción sea un plausible artículo de Carlos Araníbar ("Jorge Basadre, el maestro", en la revista *Libros & Artes*, noviembre del 2002, publicada por la Biblioteca Nacional). En resumen, según Araníbar, Basadre, al escribir, tiene muy en cuenta la interrelación entre el héroe (al modo de Carlyle) y la masa, la multitud, y en lo que llama "el tapiz historiado y mercurial" del texto hallamos un sinnúmero de informaciones, de "citas textuales, letrillas satíricas, bandos y manifiestos ardientes, papeles de Estado, sueltos periodísticos de libelo y combate"; y añade que lo más notable en Basadre es la presencia de la masa, del vaivén popular y que él asocia "la sensibilidad histórica, a la ciencia de la serenidad y la paciencia". No menos valiosos son los breves análisis de textos estilísticos de Basadre que hemos oído al Presidente de nuestra corporación, doctor Luis Jaime Cisneros, en nuestra ultima sesión. A esos juicios muy acertados, tanto de él como de Araníbar, debemos añadir por nuestra parte la dedicación de Basadre a los personajes secundarios (que también merecen retratos específicos), y asimismo a las descripciones de muchísimos ambientes y escenarios que él pinta de modo sucesivo, minucioso y ameno, dando cabida incluso a rumores, chismes y burlas.

Pasemos a las cosas concretas. Ya es hora de leer textos de Basadre, dedicados, por ejemplo, al modo pintoresco y aventurero en que nació Cáceres como héroe, luego a su búsqueda minuciosa y obligatoria de una batalla (la de Huamachuco), digna de lavar al menos provisionalmente la honra mellada; y por fin, la difícil y dolorosa descripción de una "paz" con Chile, allá por 1884. Son primero pinceladas briosas, dignas del mejor novelista, y luego, la última, es una resumida y compacta meditación sobre la fiebre de la guerra que sacude periódicamente a las naciones, cuyos gritos, alardes y vómitos tenemos que resistir de pie, tal como soportamos el

espectáculo de una tragedia clásica donde se han agitado al extremo las pasiones, entre ellas la piedad y el terror, las cuales producirán la catarsis y devolverán el equilibrio que fuera roto al principio, cuando el héroe (que aquí puede ser un hombre, un grupo de líderes, o el país entero) comete un enorme desliz o error de juicio. Leamos:

En 1874 alcanzó Cáceres súbita notoriedad. Varios sargentos del batallón *Zepita* acuartelados en San Francisco se sublevaron, sacaron las tropas de las cuadras y salieron haciendo fuego, con el propósito de dominar la guardia y de abrirse paso para ganar la calle. El jefe del batallón no estaba en el cuartel. Cáceres, segundo jefe, sí estaba en su puesto y al sentir los primeros disparos tomó su revólver y salió al patio. Los sublevados lo recibieron con una granizada de balas; pero él llamó al oficial de guardia, alférez Samuel Arias Pozo, y con un retén de soldados, presentó combate a través de tres cuartos de hora. El cañón del arma que utilizaba Cáceres hervía con los muchos disparos y quemó su mano; con la otra mano disparó sobre un sargento que iba ya a ultimarlo y era el cabecilla de la rebelión, matándolo. Cuando el Presidente Pardo, que estaba en Chorrillos, llegó a Lima en un tren extraordinario y fue al cuartel encontró al batallón formado en el patio, sometido al comandante Cáceres<sup>2</sup>.

Con una anécdota significativa ya tenemos al valiente héroe que crecerá aún más por sus virtudes de astucia y predestinación al forjarse él mismo la talla de una figura nacional:

LA HUIDA A LA SIERRA. Herido en Miraflores, Cáceres estuvo en el Palacio de Gobierno de Lima para manifestar al coronel Suárez y otros jefes que era posible reunir a los dispersos y organizarlos para la defensa o

---

<sup>2</sup> Jorge Basadre, *Historia de la República del Perú*, Tomo VIII (Lima, Edit. Universitaria, p. 336

para conducirlos al interior de los Andes. Sin embargo, necesitó ir a asistirse a la ambulancia establecida en el local de la calle San Carlos y luego a la de San Pedro. Un día se presento allí un ayudante chileno para inquirir por la salud de Cáceres y la visita volvió a ser hecha mientras se efectuaba el registro de la ambulancia. Un grupo de leales amigos lo hizo escapar llevándolo primero a la celda del Superior del convento de los jesuitas, luego en la calle Mariquitas, a una casa de don Gregorio Real, una de cuyas alas era ocupada por la legación del Brasil y, por último, a su residencia particular en la calle San Ildefonso que ya había sido registrada varias veces y despojada de sus muebles. Para esta última mudanza salió, según se cuenta, sin estar aún curado de sus heridas, una noche, apenas fue dado el toque de queda, acompañado de su esposa, doña Antonia Moreno de Cáceres y de su ayudante el capitán Manuel Pérez, mientras en otro grupo estaban los tenientes Bedoya y Castellanos.

El 15 de abril de 1881, viernes santo, acompañado del capitán José Miguel Pérez, tomó en la estación de Viterbo el tren ordinario de la sierra, media hora antes de que salieran por la misma ruta dos trenes especiales con tropas chilenas. De Chicla, a caballo, se dirigió a Jauja a conferenciar con Pierola<sup>3</sup>.

Luego del retrato simbólico de Cáceres, he aquí la pintura, el fresco, de la batalla de Huamachuco y sus cambiantes y trágicos vuelcos de fortuna, e incluso los juicios objetivos del protagonista:

Después de haber transcurrido el 9 de Julio en un constante fuego de artillería y rifle, al amanecer del 10 de julio Gorostiaga mandó dos compañías para

---

<sup>3</sup> *Ibid.*, tomo VIII, pp. 336-337.

comprobar la presencia de las tropas peruanas o para incitarlas a salir de sus trincheras o, por lo menos, contar sus efectivos y observar sus posiciones. Fuerzas peruanas se desprendieron de las alturas con el objetivo de oponerse a este avance. Los chilenos movieron otras. Así gradualmente, se empeñó una tenaz lucha contra los planes previos de combate. Tomó ella como campo la llanura de Purrubamba que tiene cinco kilómetros de este a oeste y dos por medio de norte a sur, medidos entre las cumbres del Sazón y del Cuyurga. El cañoneo de una y otra altura se generalizó y en la lucha fueron cediendo los chilenos. Después de cuatro horas, las huestes de Cáceres eran dueñas del llano y se hallaban al pie de las pendientes del Sazón. Los combatientes llegaron a estar tan próximos que se escuchaban las voces de mando y las exclamaciones que las peripecias de la refriega arrancaban a los contendores de ambos ejércitos. Los peruanos palparon la inminencia de la victoria. "Fue imposible (escribió Cáceres en su parte de Huancayo, el 30 de Julio de 1883) contener a muchos de nuestros valientes soldados que, enardecidos y alentados por haber hecho retroceder repetidas veces a los chilenos, se lanzaron impremeditadamente sobre el cerro que ellos ocupaban, trepando con firmeza y serenidad a pesar del mortífero fuego que les hacían de sus atrincheramientos; ya por su retaguardia se esforzaba su caballería en contener a parte de sus infantes que huían en completa dispersión y los más esforzados de los nuestros casi se confundían en las cimas del cerro con sus enemigos, cuando repentinamente retrocedieron desde esa altura gritando ¡municiones! ¡municiones!"

Cáceres ordenó que la artillería descendiera al llano para aproximarse al desmoralizado enemigo y precipitar su desbande. Cesó entonces el fuego de los cañones peruanos y mientras cambiaban ellos de emplazamiento a la vista del adversario, se detuvo también el fuego de fusil. Cinco horas largas de combate habían consumido

los pertrechos peruanos y a la carencia de ellos uníase la falta de bayonetas, esenciales para el choque cuerpo a cuerpo. Al darse cuenta los chilenos de esta situación, emprendieron un contraataque a la bayoneta, reforzado por la caballería. Los infantes peruanos, acosados de cerca, se defendieron a culatazos y retrocedieron por el llano a las alturas de donde partieron en la madrugada. El escuadrón de Cazadores llegó en el ímpetu de su carga hasta las piezas peruanas de artillería que estaban en pleno desplazamiento; muertos los encargados de ellas a sablazos, dispersos y espantados los animales de baste, las piezas se esparcieron por el campo. El combate terminó con la victoria chilena, después de cinco horas media<sup>4</sup>.

Y finalmente, sintamos el estilo de Basadre, de modo doloroso aunque admirable, al dibujar con minucia el polifacético significado de la paz:

LA PAZ. Los chilenos terminaron la desocupación gradual del Perú en agosto de 1884.

En abril de ese mismo año, el Presidente de Bolivia Campero había firmado un pacto de tregua con Chile.

La paz internacional volvió después de una pesadilla de varios años en que la derrota, la ocupación, la anarquía, el aislamiento y las penurias se dieron cita en el territorio que fuera otra vez sede orgullosa de Incas y Virreyes. A todos los males, a todas las miserias, a todas las tristezas se sumó un peligro latente: el del colapso o subyugación del Perú. Como en el periodo de 1836-1839 cuando su territorio fue escenario de luchas entre chilenos y bolivianos, mientras los peruanos estaban divididos entre bandos, y como en 1841 y 1842

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, tomo VIII, pp. 434-435

cuando la invasión ecuatoriana pudo haber coincidido con la invasión boliviana, se unieron amenazas sobre la persona nacional, sea mediante la prolongación indefinida de la ocupación chilena, sea a través del protectorado extranjero sobre una parte valiosa del territorio, ayudado por la existencia de una cuantiosa deuda externa cuyos interesados hubiesen podido pretender en el Perú el dominio humillante que en Egipto habían comenzado a ejercer en aquella misma época sus acreedores; sea por la simultaneidad de regímenes radicalmente opuestos como lo fueron, en orden sucesivo y con feroz acritud cada uno con su rival, los de Piérola y García Calderón, Iglesias y Montero, Iglesias y Cáceres. Y, sin embargo, no obstante tremendas desgracias y graves peligros, se afirmaron al fin, una vez más, a pesar de todo, el destino de libertad y de independencia y de soberanía del Perú. Y el Perú siguió siendo el Perú.

No obstante sus mutuas y tremendas acusaciones, los políticos peruanos de aquellas horas nocturnas en pugna entre sí, tuvieron algo de común y, sin que lo supieran, un esencial parentesco. Piérola fue el hombre del sacrificio en la resistencia al ejército invasor que avanzaba sobre la capital, enfrentándose a él en dos batallas campales, sin marina, sin ejército de línea, casi sin dinero y con pocos elementos bélicos. García Calderón fue el hombre del sacrificio en la resistencia para acatar el desastre a la sombra del enemigo, primero con la esperanza de la intervención extranjera y luego con la de la unión nacional. Cáceres fue el hombre del sacrificio en la resistencia indeclinable para acatar el desastre con la esperanza de proseguir la resistencia de los Andes. Iglesias fue el hombre del sacrificio para llevar a la práctica la desconsolada idea de que era preciso, ante todo, cancelar el pasado, quitarle al Perú la losa de la ocupación, aun a costo de amputaciones trágicas y aceptando el apoyo del enemigo después de haber combatido heroicamente contra él en Chorrillos.

En medio de los que fueron culpables, u omisos, o egoístas, o frívolos, los que se sacrificaron ganaron con su sangre o con su voluntad para ofrendarla, el color de la honra para las mejillas de las generaciones posteriores y como un seguro para el derecho de ellas a vivir como parte de una colectividad digna. Echaron, pues, como nuevas raíces a su pueblo y, abonada así la tierra, el aire resultó purificado y vigoroso. Y el Perú recibió del destino una nueva oportunidad para que pudiera edificar en su heredad una morada de trabajo, de paz y de justicia<sup>5</sup>.

Estos textos son ejemplos de preocupación por el uso del idioma; empleando frases de longitud mediana, ni cortas ni largas; en ellas hay precisión, concisión, hay lenguaje directo, pocas figuras retóricas, y hay sobriedad, economía verbal, gradualidad en desvelar el tema o el personaje, y hay certeza en llegar al meollo, en dibujar a través de diversas circunstancias, inclusive opuestas, el concepto de la paz, esa mezcla de vida y muerte luego del infortunio; y asimismo logra que los héroes o prohombres alcancen una calidad de símbolos. El tema de la paz es inmenso en literatura; el escritor Basadre lo enfrenta desde la mirada del testigo cercano, pese a que el hombre Basadre no estuvo en ese amargo despertar. Por ello, desde su posición de testigo filial, como hijo de un país en desgracia, puede hablar del Perú como de un padre o una madre vencidos, pero vivos, levantándose del suelo. Su condición de peruano, y al mismo tiempo, su condición de investigador objetivo y sagaz de datos, personajes y fechas, se funden en ese retrato de un ser invisible pero cierto, que es el Perú, mientras Basadre va resumiendo las principales desdichas, ahora restañadas por la brisa y el intervalo físico e intelectual de la paz. Y el párrafo final, que empieza "en medio de los que fueron culpables, u omisos, o egoístas, o frívolos, los que se equivocaron ganaron con su sangre... el

---

<sup>5</sup> *Ibid.*, tomo VIII, pp. 468-469

color de la honra para las mejillas de las generaciones posteriores”, ahí está la metáfora exacta, la vergüenza ajena y la promesa de una nueva oportunidad para vivir “en una morada de trabajo y justicia”. He ahí el doloroso balance bosquejado por un hijo de la patria herida.

Esta seducción del escritor Basadre yo la he sentido cuando escribía cuentos y novelas, y sobre todo, cuando deseaba asentarlas sobre piso real, de modo indiscutible; para ello, debí, pues, acudir a los abundantes datos, fechas y minibiografías de personajes reales tan bien contados por Basadre, en cuadros y anécdotas vivos. Tal, por ejemplo, el caso de un rumor político disperso en gran parte de Ancash, allá por los años 30s, cuando yo era un niño. En varios pueblos se comentaba la infiusta suerte del mayor de ejército Santiago Caballero, cuya figura, diez años antes, creció en el seno militar de tal modo, y él se mostraba tan abiertamente rebelde al régimen de Leguia, que la respuesta oficial fue encarcelarlo y enviarlo desterrado a una horrenda prisión de la isla de Taquila (ahora se dice Taquile), en las riberas del Titicaca. Pues bien, yo tenía la leyenda, pero me faltaban datos exactos para escribir la historia, hasta que, hurgando en la época respectiva, hallé lo que buscaba en el tomo XIII, p. 94, ed. 1968. Bajo el subtítulo “El mayor Santiago Caballero”, hallé, además de noticias complementarias sobre su asesinato ya contado por el rumor popular, algo mucho más trágico y hasta obsceno. Basadre decía esto: “Según voceros de la oposición, no hubo sino un cobarde fusilamiento, pues no existían medios propicios que coadyuvaran a un propósito de evasión. El Presidente Leguia en un telegrama aprobó el procedimiento empleado y dispuso que se gratificara al autor de la muerte del jefe prisionero”. El citado cuento se tituló “Santiago el mayor” y lo publiqué en 1986.

Otro cuento que necesitó asimismo una asistencia de precisos datos históricos fue “El eclipse de una muchacha”, ambientado en el antiguo pueblo de Yungay, antes de que fuera destruido por el terremoto de 1971. Con mis recuerdos

infantiles pinté un viaje de escolares, muchachos y muchachas, a la cumbre del cerro Pan de Azúcar, donde todos saben que fue vencido el general Santa Cruz, y con él la llamada Confederación Perú-Boliviana. Es cierto que los alumnos de primaria subimos al cerro y recogimos vestigios metálicos, balas y fusiles oxidados de esa batalla, como en una clase de historia al aire libre. El tono de la narración iba a ser ingenuo y romántico, el pequeño amorío de una parejita; pero al leer un pasaje de Basadre en el tomo II, p.169, la emoción me hizo cambiar el punto de vista original, y así, le di más espacio y mayor comprensión a esa batalla. Leí en Basadre el siguiente párrafo:

Santa Cruz abandonó el campo antes de las cuatro de tarde, en que acabó la batalla, dejando en su tienda de campaña hasta su archivo privado y la bandera de la Confederación recamada de oro, que cayeron en poder de los vencedores. Montado en una famosa mula zaina hizo una marcha vertiginosa de cuatro días y pudo atravesar más a cien leguas en la fragosa sierra y la arenosa costa para llegar a Lima en la noche del 24 de enero y ser el mensajero de su derrota.. En el palacio de Riva Agüero, a pesar de su carácter tan frió y tan reservado, lloró<sup>6</sup>.

Pero no nos desviemos del camino principal. ¿Qué nos faltaría para seguir gozando del estilo de Basadre y de lo que él llama “la persona nacional” de la historia? Quizá, una confesión de él, un testimonio en que la prosa de Basadre vuelva, como en sus años mozos, a teñirse de intimidad, de sinceridad y de amor. ¿De qué amor podemos hablar tratándose de su gran obra monumental? Pues del amor más exelso y desinteresado, el amor al país, ése que no comprenden mucho algunas generaciones.

En 1979, cuando se cumplían cincuenta años de la recuperación de Tacna y Tarata, y cuando él cumplía 76 años,

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, tomo II, p. 169

Basadre recibió la Orden de El Sol del Perú en el grado de Gran Cruz, y ahí, en la ceremonia, contó facetas de su vida e inclusive dio un brevísimo resumen (él es experto en breves resúmenes) de su obra conjunta; y además, él nos resumió las principales peripecias sufridas por nuestro país, las cuales, por fortuna, permitieron luego una etapa de balance y de conciliación de dónde y cómo vivimos, de su actitud como hombre e investigador. Es un texto espléndido que debemos recordar a menudo:

Dentro de mis limitaciones, lejos de todo impulso irreflexivo o irracional (con el anhelo, que no sé si he logrado, de colocarme por encima de los apriorismos, los primarismos y los sectarismos) traté de sentirme comprometido sólo con este país dispar, desigual, en formación y ebullición, con tantas cosas espantosas y maravillosas en su seno, país cuyos horizontes culturales, mirándolos en su integridad, parecen cada vez más vastos y complejos, gracias al enorme desarrollo de las ciencias humanas. País de choques y mezclas entre razas inconexas y polivalentes a través del tiempo largo, a veces cegado por la embriaguez de momentos alegres y confiados, aunque, en más de una ocasión, resultó sumido en un agonizar cruento para tener, luego, extraordinaria aptitud para reaccionar. País de demasiadas oportunidades perdidas; de riquezas muchas veces malgastadas atolondradamente, de grandes esperanzas súbitas y de largos silencios, de obras inconclusas, de aclamaciones y dicterios, de exaltaciones desaforadas y rápidos olvidos. País dulce y cruel de cumbres y de abismos. País de Yahuarhuaca; el Inca que, según la leyenda, lloró sangre en su impotencia; y de Huiracocha, el Inca que se irguió sobre el desastre. País de aventureros sedientos de oro y de dominio sobre hombres, tierras y minas, y también, país de santos y de fundadores de ciudades. País de cortesanos según los cuales no se podía hablar a los virreyes sino con el idioma del himno y el idioma del ruego. País de las altivas y valerosas

cartas que suscribieron Vizcardo Guzmán y Sánchez Carrión, separadas en el tiempo y unidas por la más pura inspiración democrática. País de tanto desilusionado, pesimista y maldiciente en 1823 y 1824, mientras que, en esos mismos momentos horribles, Hipólito Unanue voceaba su esperanza terca en el fervoroso periódico "Nuevo Día del Perú". País donde en la guerra de la Independencia se produjo el bochorno de la escaramuza de Macaona y, poco después, la carga luminosa de los Húsares de Junín. País que entre 1879 y 1883, se enredó y dividió en un faccionalismo bizantino cuyos efectos letales no lograron contrarrestar, en múltiples rincones de la heredad nacional, numerosos héroes famosos o anónimos cuyos nombres debemos exhumar y que lucharon durante cinco largos años, a diferencia de lo ocurrido en la guerra entre Francia y Alemania en 1870, limitada a unos pocos meses. País que requiere urgentemente la superación del estado empírico y del abismo social; pero al mismo tiempo, necesita tener siempre presente, con lucidez, su delicada ubicación geopolítica en nuestra América<sup>7</sup>.

Voy a concluir. Tratándose de escritores y de estilos, lo mejor es dar pruebas, textos, documentos, y hacer constar la impresión de la obra ejemplar sobre nuestro modesto menester.

Todo escritor que se acerque más y más a Basadre se enriquecerá. Y quizá todo lector de un bello libro como éste debiera culminar la lectura con un lápiz en la mano, decidido a proseguir ese camino maravilloso de la investigación y de sus frutos, de la imaginación incitada por los maestros, y en este caso de Basadre, por su estilo sobrio, pero al mismo tiempo emotivo y elegante. Al escribir la última página de su

---

<sup>7</sup> Jorge Basadre, "Perú, país dulce y cruel", en *Antología general de la prosa, de 1895 a 1985*, Tomo II, prol., selección y notas por Enrique Ballón. Lima: Edubanco, 1986), pp. 371-375.

*Historia de la República* (la cual, sabemos todos, llega hasta el desgobierno de Sánchez Cerro), Basadre sintió sin duda que su estilo debería alzarse para esa ocasión, pues el final de una obra, recordémoslo bien, equivale a subrayar, a enaltecer, a simbolizar, a resumir, a despedirse con un envío entrañable hacia los lectores de hoy y de mañana. Y entonces Basadre, para esta última página, no escogió nada mejor que alzarse hasta el nivel de la poesía, no de la prosa, y así, con su increíble modestia en este país de inflados vanidosos, cedió la palabra a su joven discípulo, amigo, bibliotecario y poeta, Sebastián Salazar Bondy, cuyo poema cierra el gran libro:

Salazar Bondy ha escrito en su poema “Desterrados de la Luz”, perteneciente a la colección póstuma *Sombras como cosas sólidas*:

*El Señor Presidente acariciaba  
las crines de viento de su caballo favorito.  
La blanca, helada mano que enternecía al bruto  
era la misma que firmaba los abisales decretos de  
inclemencia,  
la misma que desgranaba en el Tedeum sus preces sin fe,  
la misma que ceña al cuerpo  
el delantal escocés,  
la misma  
mano  
dura  
del Señor Presidente.  
Pálida mano que vendía carne humana,  
destinos no nacidos todavía,  
y que bendita por su raza avasallante  
y sus gruesos anillos usureros  
flameaba sensual cuando cumplía con la muerte.  
En aquel tiempo ya el pueblo se vertía por callejuelas,  
pausado río que tropieza en las esquinas,  
retorna al lecho,  
deriva a la taberna,*

*cae*

*en la cascada maloliente de la procesión y la corrida de toros  
y en la tarde de plomo  
desanda los suburbios  
girando como un número en la rueda del infortunio.  
Grupos de hombres borraban sus huellas con alcohol,  
injuriaban el vientre encinta de su casa,  
llamaban entredientes al asesino,  
al hombre libre y oscuro que por fin  
asestara las iras contra el falso inmortal.  
Y así ocurrió.*

*Un comandante cortó de un tajo  
la leonina cabeza del capricho  
pero también fue felino y dio zarpazos,  
restauró el temor,  
puso negra cabeza violenta  
a la ignorante soledad de los pobres  
y sacudió reciente polvo de tumba en los lechos nupciales.  
En el rescoldo homicida, humeante aún la noche,  
se fraguó un dedo sobre un gatillo  
y cuando la marcial cabeza campeaba ante la multitud  
segó su eminencia un estallido,  
pero otro,  
y otro más,  
y cien después  
devolvieron su gloria de lobo a los verdugos<sup>8</sup>*

En los momentos teóricos actuales, cuando se busca integrar la literatura con los valores que cree permanentes, en relación con la civilización y la alta cultura, cabe subrayar las virtudes de composición, estructura, sintaxis, las paradojas y oposiciones que producen los hombres y las épocas, y sobre todo, la “voz narrativa” de Basadre, el gran organizador de textos, una voz ubicua, infatigable y pedagógica, que nos habla de lo que él llama “la presencia nacional”, un concepto en que se mezclan el amor patrio, el honor y el espíritu de sacrificio por el bienestar común.

---

<sup>8</sup> Historia de la República del Perú, tomo XIV, pp. 427- 428